



Detalles de fachadas.

Ningún arquitecto español contemporáneo ha mostrado más empeño que Ricardo Bofill en explicarse a sí mismo y explicar las deficiencias de la arquitectura de este país, desde su escrito en *Zodiac* (1966), hasta sus declaraciones de los últimos meses. Sin embargo, muy pocas son las referencias críticas a la arquitectura de Bofill, fuera de los comentarios obligados de los concursos en que participa.

A lo largo de varias décadas, y con una producción amplia y extendida geográficamente, Ricardo Bofill ha intentado conseguir lo que, con justicia, sólo puede decirse de un arquitecto también catalán —Gaudí—, ser una figura internacional. Como fenómeno social, indudablemente Bofill ha adquirido un cierto brillo y relevancia, pero al mismo tiempo se ha convertido en un objetivo imposible para la crítica en cuanto es un arquitecto que carece de lo singular, de la particularidad en las obras y la concreción en las formas que son esenciales en arquitectura. (Y ello a pesar de que sus proyectos se designen con nombres propios tales como *Abraxas*, *Les Arcades du Lac* o *Walden 7*).

Ricardo Bofill ha fabricado un producto genérico, con

gran capacidad de adaptación y multiplicación, en el que una arrogante exaltación de la forma se presenta avalada por un conglomerado de consideraciones socio-económicas, tecnológicas y ecológicas; recurrencias a los sistemas de proporción y ornamentación clásicos; e invocaciones al simbolismo, la historia, las peculiaridades locales y la fe en el progreso. Cualquier posible crítica a la arquitectura de Bofill tropieza inevitablemente en esta red de correlaciones, donde no existe lo incompatible, pero que es incapaz de atrapar ningún objeto singular que nos permita poner a prueba siquiera alguna de tan numerosas categorías.

La mítica del trabajo en equipo, mantenida tenazmente en el multidisciplinar Taller de Arquitectura, incluso en un momento en que hasta las mayores firmas buscan el apoyo del autor individual, es la última prueba de la imposibilidad de penetrar críticamente en una arquitectura ahogada en su propia generalidad.

María Teresa Muñoz

